Radicalismo y realismo políticos

1 Contenedos políticos y estructuras mentales

Los términos "radicalismo" y "realismo" suelen contraponerse como expresión de actitudes políticas antagónicas vinculadas respectivamente al progresismo y al conservadurismo o, si se quiere, a la izquierda y a la derecha. Es siempre de excepcional interés la aguda descripción que de ambas actitudes hizo Maneimh hace años en un libro realmente importante. El conservadurismo pretende sustituir factores individuales y concretos de la realidad por otros factores igualmente concretos e individuales; el progresismo combate lo concreto, no para sustituirlo por otra forma de lo concreto, sino porque quiere producir un nuevo punto de partida sistemático. Es decir, que el conservadurismo se enfrenta con aspectos particulares de la realidad, mientras que el progresismo tiende a enfrentarse con el sistema en su conjunto. Ello supone una distinta manera de experimentar el tiempo, ya que el conservadurismo piensa en relación con "gérmenes" y ve el presente como último momento del pasado, mientras que el progresismo piensa en relación con "normas" y ve el presente como comienzo del futuro.

Lo dicho supone que en la distinción entre radicalismo y realismo juegan dos clases de ingredientes: unos de carácter específicamente político que hacen referencia a los contenidos programáticos o ideológicos; otros de naturaleza más compleja que guardan relación con diferentes estructuras mentales. Los primeros plantean la cuestión en la Ciencia Política propiamente dicha: los segundos la sitúan en la teoría—o sociología—del conocimiento.

Desde la perspectiva específicamente política, programática o ideológica, la asociación del radicalismo con el progresismo, y del realismo con el conservadurismo, equivale a una disyuntiva o enfrentamiento de contenidos: el radical o progresista piensa, proyecta y aspira a la realización de un contenido político opuesto al contenido político que piensa, proyecta y aspira a realizar el realista o conservador. Esa diferencia de contenido es lo que permite considerar al radical como izquierda y al realista como derecha.

Desde la perspectiva de una teoría—o sociología—del conocimiento, la cuestión se matiza de forma distinta, pues entonces la base diferenciadora está, como dije, en la oposición de dos tipos de estructura mental que corresponden a distintas actitudes antropológicas y psicológicas. Desde esta perspectiva el término radicalismo—que no empezó a cargarse de contenido político específico hasta el primer Reform Bill del Parlamento inglés—viene a significar esto: unilateralidad en la percepción de los problemas, abstracción en la interpretación de los hechos, apresuramientos en la deducción de consecuencias y artificialidad en la propuesta de soluciones.

2 Radicalismo con servador y realismo progresista

Interpretado el radicalismo más como actitud mental que como contenido político, parece claro que las ecuaciones "radical-progresista" y "realista-conservador", se entrecruzan y descomponen. Puede existir, y de hecho existe, tanto un radicalismo conservador o de derechas como un realismo progresista o de izquierda. En alguna ocasión planteé la pregunta de si no se habrá operado durante los últimos lustros una sorprendente inversión de las características clásicas, en la que el progresismo—izquierda—se nos aparece con actitud más realista, evolutiva y reformista, mientras que el conservadurismo—derecha—tiende hacia la generalización, la abstracción y la utopía. La causa posible de esa posible inversión tal vez anide en el optimismo producido por la situación de prosperidad material advinida en Occidente tras la última conflagración universal que coincidió en muchos casos con

la gestión de equipos gobernantes conservadores.

Ese optimismo puede haber provocado una interpretación simplista e hiperbólica de las verdaderas causas del fenómeno de la prosperidad, y con ello la tendencia a universalizar datos reducidos y concretos, a elaborar audaces conclusiones y a anticipar alucinantes paraísos: ¿cuáles serían los ingredientes de esa propensión conservadora a lo que podríamos llamar "political-sociological fiction"?; o como algún día expresé: ¿cuáles serían los barbitúricos ensoñadores del nuevo conservadurismo? A mí entender pueden resolverse así: en el horizonte social, la desaparición de las clases; en el horizonte institucional, la tecnocracia; en el horizonte político, la desaparición de las ideologías; en el horizonte económico, el advenimiento inexorable de la "opulencia"; en el horizonte constitucional, la necesidad de una personalización autoritaria del poder.

3 Teoría, política, ideales políticos y realidad política

Cuando el hombre se enfrenta con la realidad, puede hacerlo con dos propósitos distintos: uno, el de pretender explicársela mediante un análisis intencionalmente objetivo para tratar de definirla; otro, el de configurar un juicio sobre la conveniencia de mantenerla como es, o de transformarla. Cuando el hombre trata de explicar, conocer y definir una realidad política, hace una "teoría" de la misma: cuando se propone mantenerla o transformarla elabora una "idea", es decir, formula un proyecto.

La teoría política—en correspondencia al origen etimológico del sustantivo—nos proporciona una visión o interpretación de la realidad, mientras que la "idea" política vale tanto como "ideal" arrojado sobre la realidad con vistas a su mantenimiento o alteración. La teoría trata de explicar la realidad; la idea se propone conducirla.

Pero tanto la Idea como la Teoría políticas—una orientada hacia el proyecto, otra hacia la interpretación—quedan internamente trabadas a la realidad, pues no se puede influir sobre ella sin conocerla, ni al describirla puede darse la asepsia absoluta de valoración. Uno de los más lúcidos descubrimientos de la sociología política es el de que no hay auténtico pensamiento político sin una verdadera actitud política, lo que nos puede llevar a la afirmación de que no hay pensamiento político puro y genuinamente teórico, ya que en definitiva todo pensamiento político se encierra a la acción. No es absurdo afirmar que "el pensamiento político surge cuando él mismo es acción". A su vez, sin un conocimiento de la realidad sobre la que se pretende influir con un "proyecto", éste resultará tan impracticable que será simplemente utópico. De ahí la importancia de un concepto como el de "posibilidad" que tanto puede influir en la genuina calificación política de las ideas como proyectos.

Basándose en esas consideraciones, escribí yo hace ya muchos años: "Estrictamente hablando, la atribución del carácter político a una idea, no depende sólo del campo sobre el que pretende operar—la realidad política—, sino del grado de posibilidades de realización que entrañe. Este camino nos conduciría a examinar si a ciertas posturas ideológicas radicales, si a ciertos radicalismos—de distinto signo—cuadra realmente la calificación de ideas políticas. La actividad humana que se especifica como "política" se propone "realizar" un orden de convivencia. Si hay "proyectos" irrealizables, ¿se les puede considerar, con rigor, políticos?".

4 El nuevo Jano realista y radical

Pero una cosa es la relación dialéctica entre el ideal y la realidad, entre la interpretación

y el proyecto y, en resumen entre radicalismo y realismo, y otra muy distinta la yuxtaposición mezcla, y manipulación simultánea de las actitudes contrarias. Desentenderse de la realidad para construir un esquema o programación de soluciones ideales que pueden ser lógicas, e incluso ejemplares en sí mismas, formuladas atendiendo más a su valoración intrínseca que a los datos empíricos que las hagan posibles, es radicalismo. Pero también es radicalismo confundir la exterioridad superficial de la realidad y preconizar un proceso ligado más a lo que aparece como realidad que a lo que auténtica y profundamente es.

Hay quienes se dicen realistas en determinadas dimensiones, y actúan como radicales en otras: realistas para propugnar la aceptación de la realidad que les es más próxima y les resulta más grata—como es, o como la suponen—, y para rechazar toda dinámica socio-política que no sea la que vaya ofreciendo esa llamada realidad a causa de procesos que ellos mismos no están dispuestos a acelerar; radicales, para construir una versión simplista y esquemática de realidades distintas y denunciar a sus defensores como partidarios de la simple negatividad destructora.

Son los que se consideran únicos autorizados definidores de la realidad más inmediata y se proclaman los administradores exclusivos de su evolución. Ante la alusión a realidades políticas ajenas, decretan su crisis irremediable y fatal describiéndolas según sus gustos o preferencias. Si se les admite que las circunstancias y singularidades de cada país dan lugar a adaptaciones diversas de un mismo sistema político-social—hoy universalizado—, construyen ellos mismos la adaptación, tergiversándolo con apodos y salvedades que escamotean su virtualidad y sustancia. Algunos, tras la operación prestidigitadora se proclaman ejemplos de demócratas y socialistas con un desenfado o ingenuidad enternecedores. Y no pocos—bien instalados social, económica y políticamente—repudian la Monarquía, porque traería consigo la instauración de una oligarquía exclusivista favorecedora de los poderes económicos y monopolios capitalistas, de la enseñanza privada clasista y de los grupos de interés o presión; régimen por esencia contrario a la reforma de las estructuras, a los valores intelectuales, a la participación verdadera y activa del pueblo y a no sé cuántas cosas más. Posiblemente estos hechos se produzcan en las Monarquías europeas, y de ocurrir en nuestro país representarían una grave conmoción.

Inventan realidades propias o ajenas, arbitran soluciones óptimas y sitúan a los demás al borde del Sanatorio psiquiátrico, o del Código penal. Si se les in-

Por
Carlos
Ollero

tenta mostrar que la democracia y el socialismo poseen y utilizan sus propios correctivos de transformación y "aggiornamento", prefieren vincular la primera a una metáfora de Rousseau y encerrar al segundo en media frase de Marx. Montan "mantiquesos" para hacerles entrar en su ángulo de tiro y disparar a gusto sobre blancos supuestos y no sobre blancos reales. En una palabra, ejemplifican a la perfección los rasgos con que líneas más arriba describíamos el radicalismo.

Admito que por parte de no pocos hay buena fe y verdadero entusiasmo; no trato de formular un dictamen, sino de convocar a la reflexión; ni pretendo cristalizar un encasillamiento incommunicable, sino un abierto y auténtico diálogo nacional, o si se prefiere un sincero "contraste de pareceres" que no tenga la acritud de una estéril lucha de opiniones irreconciliables, pero que tampoco sea un "minuetto" de discrepancias retóricas.

5 Un "maletilla" realista

Entre unos bromistas de dudoso gusto surgió en cierta capital andaluza la idea de empujar a un jovencuelo aficionado a los toros para que hiciera apresurada y temerariamente su debut; con objeto de animarle le obsesaron con una especie de manual de oficio titulado "El libro del torero". Pasadas unas semanas, y como vieran que el chico no acudía a la cita concertada, le buscaron en su domicilio y le anunciaron que si se había aprendido el libro, organizarían rápidamente su presentación ante los públicos. Sintiéndose amenazado con semejante compromiso, el rapaz solicitó una demora indefinida, y exigió de los bromistas que antes le ofrecieran para su estudio, "el libro del toro". He aquí, se me ocurre pensar, una reacción, intuitiva e ingenua, pero aleccionadora y prudente, de auténtico "realismo".